



**JOSÉ MARIA JUNYENT, «Victoria. Galatea. Farsa de nuestros tiempos en tres actos, en prosa, de José María de Sagarra», a *El Correo Catalán*, 19-XII-1948.**

José María de Sagarra es autor de excelentes poemas dramáticos, que le han proporcionado justo renombre, lo que no quiere decir que sea asimismo un experto comediógrafo. Cuando en sus obras —farsas, comedias, dramas— asoma el poeta y el público se encuentra ante la audición de una magnífica e inspirada balada de arrebatado lirismo en la que el ritmo y la rima, armónicamente entrelazados, juegan maravillosamente con el pintoresquismo de la frase, de su peculiar manera de decir, el triunfo del insigne vate catalán es indiscutible. Ningún juego poético, ningún preciosismo, ningún matiz, se le resisten y el autor de *Dijous Sant* va conquistando laureles con la superabundancia estrófica de una poética que le asegura un primer plano en las letras catalanas.

Otra cosa es cuando se intenta dar a sus obras un valor auténticamente teatral. Los rasgos más característicos de la poesía de Sagarra tienen su encuadre adecuado en el verso, tamiz por el que escapan las más atrevidas

acrobacias de lenguaje, el popularismo más pintoresco —realismo de brillante imaginería y de subyugante atractivo—, pero que, al quitarles el ropaje poético y reducirlos al instrumento corriente de la prosa, se nos aparecen con mayor relieve, con una exacta precisión de contornos, afilándose sus aristas, endureciéndose su significado e hiriendo, a veces, el oído del público con un verismo que sólo a Sagarra se le admite, se le consiente y se le celebra. Lo cual significa que sus poemas dramáticos constituyen su mejor ejecutoria y que su teatro poético, hasta el estreno de *El prestigi dels morts*, es lo que con toda propiedad llamamos —y llamaremos— el teatro de José María de Sagarra.

Pero de un tiempo a esta parte, el autor parece mostrarse arrepentido de sus largas incursiones escénicas, y *El prestigi dels morts*, *La fortuna de Sílvia*, *Ocells i llops* y *Galatea*, quieren ser una negación de su teatro primitivo —*Dijous Sant*, *El jardinet de l'amor*, *Les llàgrimes d'Angelina*, *L'hostal de la Glòria*, *Marçal Prior*, etc. y más parecen una rectificación, una asomada a otros horizontes ideológicos, que no a la prosecución de una obra noblemente empezada y diestramente cultivada. José

María de Sagarra ha hecho una copiosa labor de traducción y ello extiende y ensancha los propios límites dándoles una mayor amplitud, dotándoles, a la vez, de un sentido de universalidad que rebasa las lindes de su obra primigenia. No anda lejos de esta influencia, cosa, por demás, muy comprensible, su magnífica traducción de *La Divina Comedia* y su trato frecuente con otros grandes autores, con lo cual logran sus concepciones una mayor dimensión y un más amplio alcance, cobrando un valor de modernidad que no tenía la escena catalana.

*Galatea* es una farsa grotesca de ingrato sabor, escéptica y deprimente. Sus personajes quieren ser símbolos —como el agosto, el de la conciencia— y representan la amoralidad de la época de postguerra, en que se subvierten los valores espirituales y sólo impera el egoísmo materialista, la inversión sexual, el desenfreno de las pasiones, el cinismo más escalofriante y el repudio de todo cuanto parezca normal. *Galatea* es teatro para anormales. Tiene, sin duda, universalidad, audacia, atrevimiento, modernidad; pero está lejos de nuestro clima, de nuestro modo de ser y de sentir. Aunque refleje las malas costumbres de una época relajada y deshumanizada, y

alguna de ellas ofrezca rasgos de generalidad, no podemos admitir su plural entronque en nuestro país, afortunadamente un tanto por encima de tanta bajeza y monstruosidad. Se habla mucho en ella de «almas» y de «humanidad» y ni aquéllas tienen categoría en los personajes de *Galatea* ni ésta es otra cosa que un farrago inmundo de materia. Abunda el prurito de componer frases no exentas de causticidad, excéntricas unas, desorbitadas otras, casi todas mordaces, sin piedad, sin calor de humanidad. Benavente las pule, las talla, las compone mucho mejor. Azorín hizo otro tanto en sus incursiones de teatro moderno. *Galatea* es un estilo nuevo en el teatro catalán, pero no creemos que cuaje en la idiosincrasia de nuestro público. Una ráfaga lírica en un final de un cuadro, aunque nada la justifica, nos recuerda lo bueno de Sagarra.

Renunciamos al pergeño argumental. Es una obra de crítica —nada edificante, destructiva y desmoralizadora—. Será tan europea, tan universal como se quiera, pero nuestra conciencia ha de poner diques, valladares, límites a todo aquello que desborde el acantilado de los principios que, por su inmutabilidad, han de ser el único asidero para la salvación de la humanidad. José María de Sagarra, a

juzgar por esta obra y por las otras tres que anteriormente hemos citado, cree que todo está podrido y sólo maneja en la escena bazofia y cochambre. Aun dentro de estos mundos pueden el poeta, el dramaturgo, recoger motivos de elevación que ejemplaricen; pero no está nada bien solazarse con la ola nauseabunda de una humanidad decadente, desviada y totalmente amoral, aquella humanidad que el objetivo del funesto Sartre ha captado en sus clichés indecorosos del mal llamado «existencialismo».

En la interpretación destacaron Mercedes Nicolau, Pablo Garsaball, que realizó una labor sencillamente genial en el «augusto de circo»; José Bruguera, Rosario Coscolla, Carmen Galiana, Ramón Duran, Luis Carratalá, Visita López, Tubau, Angelats, Paco Tuset y Estivill.

El público requirió la presencia del autor e intérpretes al proscenio y premió su labor con aplausos.